

APUNTES NECROLÓGICOS

D. Manuel Antonio de Antía

La tarde era hermosa: el sol iba acercándose á su ocaso, y en el cielo, de un azul purísimo, no se veía la más ligera nubecilla: la calma era intensa, y en la naturaleza apenas se distinguían rumores casi imperceptibles : la temperatura, suave y blanda, despertaba en el corazón evocaciones y recuerdos de primavera; pero la desolación de los campos, arrasados por el invierno, desvanecía bien pronto aquellas encantadoras ilusiones. Una muchedumbre de gentes se agolpaba en un lugar destinado á ser la mansión de los muertos, y escuchaba con visible emoción la sentida plática del digno Coadjutor de Urnieta D. José Antonio de Arteaga, después de las preces con que, por enfermedad del Sr. Rector D. Manuel Antonio de Antía, y en virtud de autorización expresa del venerable Prelado de la Diócesis, había bendecido el Sr. D. Miguel Ignacio Ugalde aquella tierra, que ya desde entonces se llamaría santa.

Pocos días después de esta melancólica escena, que se verificó en la tarde del 17 de Diciembre de 1893, se abrió la primera fosa del nuevo cementerio para guardar en ella los fríos despojos del venerable y dignísimo Párroco de Urnieta D. Manuel Antonio de Antía, cuya vida se había extinguido el día 1.º de Enero del corriente año con la dulce quietud y envidiable serenidad con que se extingue la del varón justo, consagrado al amor de Dios y al bien de sus semejantes.

Treinta y seis años ejerció el Sr. Antía la cura de almas en Urnieta, cuya parroquia ganó en propiedad, mediante muy lucidas oposiciones. Yo no relataré aquí los servicios de todo género que en tan

largo espacio de tiempo ha prestado á la feligresía encomendada á su paternal vigilancia, ni el celo que empleó para el bienestar y reconciliación de familias desunidas, ni la caridad de que dió prueba siempre que se le presentó ocasión para ello. Sobre todas sus virtudes tendía la humildad del Sr. Antía un velo casi impenetrable, que no sería discreto ni cristiano rasgar. Era el alma del virtuoso sacerdote de aquellas que parecen creadas por Dios para mansión de la paz. Ferviente apologista de la humildad, la predicaba en todos los momentos de su vida, y la predicaba sobre todo con el ejemplo, que es la más eficaz y persuasiva manera de predicación. La modestia había llegado á convertirse en él en algo así como una especie de segunda naturaleza. Espiritu sincero el suyo, no conocía esas exquisiteces y esos refinamientos de falsa modestia, que en el convencionalismo social pasan no pocas veces por virtudes de buena ley. Todo en él nacía de muy adentro, de lo más recóndito, del ápice y centro del alma; y como esta era buena hasta el extremo, todos sus actos salían impregnados de un perfume de bondad que atraía cariñosamente, á la vez que infundía un dulce respeto. De pocas personas puede decirse como del Sr. Antía que lo que se manifestaba al exterior, era espejo y expresión fiel de lo que se encerraba en lo más íntimo de su ser.

Yo me complazco en rendirle aquí este tributo de afectuosa admiración, porque le admiré en vida y le admiro hoy que lloro su muerte.

Siempre tuvo un celo ardentísimo del bien de sus prójimos, y llevado de estos impulsos generosos, escribió no poco en nuestra mimosa, dulce, honrada y patriarcal lengua bascongada, que él conocía y manejaba como pocos la han conocido y manejado. Era, sobre todo, maestro en el arte de traducir del castellano al bascuence, dominando de tal suerte las dificultades que se oponen á esta clase de trabajos, que no parecía sino que había penetrado en los abismos del alma del autor, y había adivinado lo que quiso decir en su idioma, para él decirlo con encantadora naturalidad en lengua euskara. Las cualidades de su estilo eran personalísimas, y formaban un conjunto armónico con su manera de ser: todo cuanto él escribía llevaba un sello de dulzura y de modestia, y entrañaba un carácter didáctico, propio de quien, al dedicarse á las letras, más se preocupa del fin moral que de la satisfacción estética. Entre las traducciones del Sr. Antía, no puedo yo olvidar algunas felicísimas de meditaciones filosóficas y religiosas del inolvidable Aparisi y Guijarro, en quien podrá discutirse

al político, pero el hombre, todo bondad y ternura, no podrá menos de ser amado y bendecido. Había entre ellas una intitulada *El Sacerdote*, vertida por nuestro llorado amigo de una manera magistral. Siempre que la leo, yo no puedo menos de ver retratado en ella al propio señor Antía, que de tal manera supo desempeñar esa misión más que humana de amor, de paz y caridad encomendada al sacerdote católico.

Fué el Sr. Antía sócio fundador del Consistorio de Juegos florales euskaros de San Sebastian, y alma y vida de las inolvidables fiestas bascongadas que, bajo los auspicios del insigne Mr. d'Abbadie se celebraron en la villa de Urnieta en otoño de 1886. Aún en aquellas fiestas se destacó, como siempre, la humildad del Sr. Antía, contribuyendo á todos los actos, sin aparecer ostensiblemente en ninguno, y siendo causa muy principal del éxito que coronó aquella modesta y hermosísima manifestación de los sentimientos tradicionales de nuestra tierra

Había nacido el Sr. Antía en Villarreal de Urrechú á 6 de Abril de 1830, y estudió filosofía en la Real y Pontificia Universidad de Oñate, y la Sagrada Teología en el Seminario de Pamplona; y después que se hubo ordenado de sacerdote, desempeñó la plaza de capellan-organista de la parroquia de Leiza (Nabarra), pasando después á encargarse de la parroquia de Urnieta.

Yo no sé si en el lugar en que reposan sus restos mortales se habrá grabado algún epitafio; pero el sentimiento popular se lo ha grabado ya, y flotan allí, á manera de lágrimas cristalizadas de toda una feligresía, aquellas incomparables palabras del apóstol San Pedro: *Pertransiit benefaciendo*.

CARMELO DE ECHEGARAY.

